

CASTRUM MONTISCOMPATRIS

CAPÍTULO TERCERO

Marozia era hija de Teofilatto. Éste apatenecía a una familia aristocrática quizás de origen bizantina, trasplantadas en Roma desde hace muchos años. Ambicioso y autoritario, en 904, se juntaban ya en todos los magistrados cívicos: duca, maestro de las milicias, cónsul y senador de los Romanos. Era también vestuario del Sagrado Palacio, carga que le consentía de insertarse en la política de la Iglesia.

Su mujer Teodora, con una fuerte personalidad y una desmesurada ambición unía a la fascinación de su femineidad, una despreocupación moral.

Con Sergio III, entonces pontífice reinante, compusieron ese triumvirato que caracterizó el siglo X, como el de la «pornocracia de la Iglesia» o el «del alto sueño de Jesús en el barco»¹.

A esa troica sin escrúpulos y sin pudor se unió pronto Marozia, una de las hijas de Teofilatto, que sobrepasó, muy joven, la impudicia maternal.

Del lazo sentimental que la unía a Sergio III nace un hijo que fue papa, Juan XI, y que llevará al pontificado en la más ignominia repugnancia.

¹ C. FALCONI: *Storia dei Papi*, Vol. II, Cap. IX, Roma, 1972.

Derivó también una boda la cual saldó este espíritu insatisfecho a Alberico de Espoleto, en la aspiración ambiciosa de recoger las más altas cumbres del poder.

Sólo fue «senatrix y patricia» del pueblo romano. De eso aprovechó para extender su dominio sobre las tierras tuscolanas. Por lo tanto nuestra joven «confradía», transformada en masa agrícola eclesiástica, se transformó en un bien privado de Marozia².

Después de un breve período en el cual se sucedieron dos papas (Atanasio III y Landone), fue elegido papa Juan X.

Vino de Ravenna. Mala lengua de Liutprando, el historiador de los Longobardos, Teodora dice que, la madre de Marozia, incapaz de vivir lejos de su amante, lo llamase a Roma y lo nombrara papa. Sin embargo, no era éste tipo para someterse a los vanos caprichos de Teodora. Enérgico y decidido, gobernará la iglesia con la máxima autonomía y firmeza. Hombre de armas; en el agosto del 916 rechazó a los Saracenos más allá del Garillano.

Eliminados por lo tanto los peligros externos, pensó de evitar el control de Teofilatto, cuya opresión sentía muy fuerte. Recurrió entonces a Rodolfo II de Borgoña que se consagró rey de Italia en Pavía. Pues como remuneración tuvo la protección y la Marca de Espoleto para su hermano Pedro. Apartenecía a Marozia, pues viuda de Alberico, señor de esas tierras.

Para vengar la usurpación, ésta, ayudada por su segundo esposo, Guido de Provenza, invadió Roma. Encontró a Juan X atrancado en Laterano con su hermano Pedro. Hizo estrangular a éstos delante del hermano papa y encerró a éste último en el Castillo de S. Ángel a esperar la muerte.

² Se deduce por la herencia tenida de Alberico, su hijo.

Destino extraño: había tenido la tiara de Teodora. Marozia, la hija, se la quitó para ponérsela en la cabeza de su hijo Juan XI.

Juan XI era un muñeco en las manos de su madre. Pero ésta, más orgullosa, se sintió humillada por tener que someterse a la sanción oficial de su hijo, la legalización de cada uno de sus errores. Le habría quitado con gusto la tiara para ceñirla a ella personalmente. Pero no encontró, a pesar de la corrupción imperante y de sus artes hechiceras, partidarios complacientes. Entonces pensó en dominar la iglesia como emperatriz. Contra cada ley canónica del tiempo, viuda por la segunda vez, se casó con Ugo de Provenza, su cuñado, predestinado al imperio.

La boda vino celebrada en junio del 932 en el Castillo de S. Ángel.

Durante la fiesta de la boda, Alberico, hijo de Marozia, forzado por la madre a hacer de paje a su padrastro, descuidadamente le inclinó encima un tinaje de agua. Claramente quedó muy mal.

Él era un joven de 18 años, orgulloso y altivo. Se vengó asaltando al Castillo de S. Ángel con bandas armadas recogidas en el suburbio, con una rapidez increíble. Ugo logró escaparse y alcanzar sus tropas que esperaban a las afueras del puente Milvio. Marozia, sorprendida en el sueño, fue hecha prisionera. La misma suerte le tocó al hijo Juan XI, al cual el hermanastro Alberico le concertó después recobrar sus funciones de pontífice³.

La gente de Roma lo aclamó a «Princeps et a Senador Omnium Romanorum». Asumió los plenos poderes civiles, dejando las curaciones de la Iglesia a Papas de más agrado.

³ C. FALCONI: *obra citada*.

Promovió también la renovación espiritual.

No tuvo otra ambición que aquella de construir un estado romano, independiente del papado y del imperio⁴.

Gobernó muy sabiamente por 23 años. Tuvo la culpa, al morir, de recomendar a los Romanos su hijo Octaviano.

A 15 años le sucedió al padre como el príncipe de los Romanos; a 16, a Agapito II, como pontífice. Asumió el nombre de Juan XII.

Abandonó el poder civil a sus compañeros holgazanes y humilló el papado dejándolo en la más asquerosa ruina. Benedicto de S. Andrea, dice de él, reportero del Soratte: «tanta denique libidine sui corporis exarsit quanto non possomus enarrare». Era también impío y sacrílego.

Murió a 25 años el 14 de agosto del 964 «a diabolo percussus» mientras se divertía con una mujer casada. Pero quizás por los garrotazos del esposo⁵.

* * *

En la anarquía general que entonces siguió, el gobierno de Roma pasó a un grupo de nobles, capitaneados por los Crescencios. Mantuvieron la orden por mucho tiempo, a pesar de la oposición, a menudo cruenta de los Teofilatto. Uno de ellos, Gregorio, se salvó de una lucha refugiándose en el Túscolo. Aquí esperó épocas mejores.

Túscolo era entonces un fortaleza muy bien equipada al centro de una inmensa propiedad con la mayor parte

⁴ F. GREGOROVIVS: *obra citada*.

⁵ C. FALCONI: *obra citada*, Vol. II, Cap. XXI, nota 7.

inculta. Gregorio consolidó sus derechos feudales. Parece fuera extremadamente tosco e intransigente. Transformó la terrible fortaleza en casi un castillo risueño, difundiendo en ese territorio eficientes granjas agrícolas. Consolidó la posición del linaje con odiosos canones, arbitrarios impuestos y abusos. Parece que robaba también a los peregrinos.

De él se originan las cuentas de Túscolo (De Tusculana)⁶.

Las circunstancias y el poder del dinero le volvieron a dar sucesivamente a su linaje el dominio de Roma. Alberico, su primogénito, fue «princeps Romanorum». Los otros dos hijos, Romano y Teofilatto, fueron papas. Un nieto, Teofilatto, hijo de Alberico, fue papa tre veces (Benedicto IX). Tuvo el papado a 12 años y renovó la pornocracia romana de Juan XII.

Finalmente la onda purificatriz de Cluny dispersó para siempre su funesta influencia tuscolana en Roma y en la iglesia. Las cuentas de Túscolo se redujeron a vivir modestamente en su propio feudo.

En 1090 era conte de Túscolo, Agapito. El «Chronicon sublacense» de ese año trae la siguiente anotación⁷:

«Agapitus, comes tusculanus, quum habuerit duas filias, unam nuptias tradit Oddoni Franigranis, alteram Annibaldo Annibaldi. Huit reliquit Castra Arcis Peruriae, Montis Porculi et Molariae. Illi vero castra Marinei, Turricellae Montis Albani et suam partem Castri Montis Compatri».

⁶ F. GREGOROVIVS: *obra citada*.

⁷ *Chronicon sublacense*. Ver Introducción con nota 9.

Agapito, conde del túscolo, teniendo dos hijas, una la casó con Annibaldo Annibaldi, dándoles en dote los castillos de Rocca Priora, Monte Porcio y el de la Molara; la otra la casó con Odone Frangipane, dándoles en dote los castillos de Marino, Torricella, Rocca di Papa y una parte de su castillo de Montecompati.

Éste es el primer documento histórico en el cual aparece por primera vez el nombre de nuestro pueblo⁸.

Dicen algunos que la noticia es apócrifa porque la anotación del «Chronicon» sería una interpolación, insertada posteriormente en el documento para reivindicaciones hereditarias. Puede ser, pero para nosotros es irrelevante porque no pone en duda sino confirma que a esa fecha existía una localidad que tenía ese nombre: Montecompati.

Se llamaba «castrum». En el significado de entonces indicaba un territorio agrícola con el centro el habitado agrupado alrededor de un castillo. Era una aldea de campesinos, recogido alrededor de una casa rústica padronal que de castillo no tenía sino que el nombre.

La citación del «Chronicon» deja suponer que aquel «castrum» fuese al mismo tiempo dividido por lo menos en dos partes. La tenuta en dote por Odone Frangipane y la que sobraba a los Contes del Túscolo. La primera tenía que consistir quizás en un «conjunto de herencia»,

⁸ En efecto la primera fuente histórica segura de la existencia de Montecompati se da por el famoso Lodo de Bonifacio VIII del 14 de octubre de 1298. El pontífice preparó el documento y como papa y como Benedetto Castani, estableciendo la división de los bienes de los Annibaldi entre Bartolomea, mujer de Pietro Annibaldi de los Annibaldi di Mattia, tutriz y curadora de Nicolás su hijo y Riccardo Annibaldi di Mattia; asignando a Bartolomea la mitad del castillo de Fusignano y a Riccardo, la otra mitad y todo el castillo de Montecompati con el territorio de caseríos y de fincas de Molara. (Ver. Silvestrelli, *obra citada* y Fondo Borghese, Tit. Div. en los archivos Vaticanos).

que por el nombre parece que fuese colocado en el actual Monte Dodo (Monte de Odo). La otra parte abarcaba todo el territorio residuo.

Claramente quedó feudo de los Tuscolanos hasta 1143.

En ese año una revolución popular inspirada a las ideas de Arnaldo de Brescia establece en Roma un gobierno democrático que venga nuevamente la soberanía del Ayuntamiento sobre todo el Ducado⁹ y, como todas las tierras ...intra centesimam lapidem..., la nuestra se transformó en un feudo capitolino.

Se quedó así por casi medio siglo. Las circunstancias históricas sucesivas restablecieron el gobierno de los papas y todo el territorio tuscolano volvió a la Iglesia que lo restituyó a los Condes del Túscolo.

Pero los condes del Túscolo no eran nada más que el pálido recuerdo de una gloriosa grandeza. Sin embargo se obstinaron tanto que se incluyeron en la política de los tres grandes: el papa, el emperador alemán y el Senado romano. La lucha los destruyó. Se redujeron en miserables señores de poco dominio y de pocas propiedades. En 1147 hasta el castillo de Túscolo estaba hipotecado por las deudas. Eugenio III lo redimió y Adriano IV lo devolvió al Conde Gionata con el territorio circunstante.

Esta generosidad excesiva por parte de un papa, además extranjero (Adriano IV es el único papa inglés), mortificó el orgullo de los Romanos que hubieran querido suprimir una vez y para siempre aquella familia y destruir hasta el recuerdo, tanto era el odio acumulado en un siglo y medio de dominación.

En los primeros de mayo de 1167 con un ejército aproximadamente de 30 mil hombres, llegaron al Túscolo y lograron el estado de sitio.

⁹ F. GREGOROVIVS, *obra citada*.

A defender la ciudad habían pocos hombres de las tierras tuscolanas a los órdenes del Conde Raino y algunos mercenarios imperiales al comando de Rainaldo Colonia. En la imposibilidad de apoyar la colisión de los Romanos, Raino se dirigió al cristiano de Magonza, capitán del ejército imperial del sitio en Ancona. Éste acudió con 1.300 mercenarios alemanes y brabanteses. Se alojaron bajo el Túscolo de la parte de Monteporzio y antes de comenzar la batalla invitó a los Romanos a desistir del asedio. Odo Frangipane que comandaba contestó con arrogancia, además atacó a los brabanteses que fueron abrumados. Inmediatamente después la caballería de Rainaldo, saliendo del Tuscolo, se lanzó frontalmente contra la alineación romana, mientras que las tropas de Cristiano lo presionaban a los lados. Los Romanos cedieron. Fueron masacrados y desperdidos. Los pocos sobrevivientes cubrieron con sus cadáveres y bañaron con su misma sangre las campañas desde el Túscolo hasta Roma.

Esta célebre batalla de Prataporci se concluyó el 2 de Julio en Roma con un solemne Te Deum en S. Pedro, celebrado por el antipapa Pascual III a la presencia de Federico Barbarossa¹⁰.

En 1177 el Barbarossa reconoció a los municipios lombardos la independencia pero la negó al municipio romano, estableciendo en todo el Ducado la soberanía del papa.

En 1183 los Romanos intentaron todavía de adueñarse del Túscolo, asediándolo. Lucio III mandó en ayuda de la ciudad Cristiano de Magonza, pasado a los servicios de la iglesia. La memoria de Prataporci los hizo desistir. En 1188 volvieron para amenazar la ciu-

¹⁰ F. GREGOROVIVS: *obra citada*.

dad. Pretendieron de los Tuscolanos ahora abandonados por el Imperio e indefensos por el Papa, la demolición de los muros.

Resistieron, esperando en el resultado favorable de las negociaciones entre los Romanos, Enrique VI, hijo de Barbarosa, y el papa. Al final fueron abandonadas así mismas. Se defendieron hasta el final con la fuerza de la desesperación. El 17 de abril de 1191, martes de Pascuas, la ciudad fue destruida completamente. Los pocos sobrevivientes se recogieron en los castillos cercanos. Algunos encontraron refugio también en Montecompatri¹¹.

¹¹ F. GREGOROVIVS: *obra citada*, Libro VIII, Cap. VI, n. 4 y 5.